

Bullying: un miedo de muerte

Henar L. Senovilla

Radiografía de la violencia entre niños y jóvenes en las aulas españolas.

“Libre, libre. Mis ojos seguirán aunque paren mis pies”. Éstas fueron algunas de las últimas palabras que dejó escritas Jokin Zeberio, de 14 años, antes de suicidarse tirándose al vacío con su bicicleta, desde lo alto de la muralla de Hondarribia, el pasado 21 de septiembre.

Jokin venía sufriendo el acoso de sus compañeros de clase y de instituto desde hacía años. Amenazas, humillaciones, insultos. Golpes como para dejar rastro en la autopsia que le realizaron después de su muerte, que demostró que había sido víctima de una paliza días antes de acabar con todo.

Jokin estudiaba 4º de Educación Secundaria Obligatoria (ESO) en el centro Talaia. Un día, enfermo del estómago, se había hecho sus necesidades encima. Desde entonces lo vejaban, le rompieron dientes a bofetones, empapelaron su aula con papel higiénico... Parte del profesorado y del alumnado de su instituto conocía los malos tratos que sufría. De hecho, algunos de los chicos expulsados del centro como sospechosos de estar implicados en su muerte son hijos de profesores.

Su caso, lamentablemente a posteriori y de modo irreversible, ha hecho sonar la alarma social, política y educativa y ha desatado un debate en el que no deja de sorprender que situaciones similares a la suya hayan empezado a aflorar de repente, como por arte de magia, mientras que los estudios sobre violencia e intimidación en el ámbito escolar no son ni recientes ni escasos.

La violencia física o psíquica entre estudiantes comenzó a investigarse en los EE.UU., Gran Bretaña y los países nórdicos a principios de los setenta. Allí recibió el nombre de **bullying**. Dan Olweus y Peter Heinemann fueron dos de los primeros especialistas en el tema.

Olweus aportó una completa definición de este tipo de violencia: “Un alumno se convierte en víctima cuando está expuesto de forma repetida y durante un tiempo a acciones negativas que lleva a cabo otro alumno o varios de ellos. La victimización entre iguales es una conducta de persecución física y/o psicológica que realiza el alumno o alumna contra otro al que elige como víctima de ataques repetidos. Esta acción negativa e intencionada sitúa a las víctimas en posiciones de las que difícilmente pueden salir por sus medios”.

Intencionalidad del agresor, reiteración de la violencia e indefensión de la víctima son, por tanto, características sine qua non para incluir un hecho en la categoría de *bullying*.

En España, las primeras investigaciones se llevaron a cabo tiempo después y reflejaron una complejidad añadida: “En primer lugar porque para saber de qué hablamos cuándo hablamos de *bullying* tendríamos que contar con un término en español que fuese la traducción exacta de la palabra anglosajona. Y dicho término no existe. Y en segundo lugar porque tampoco hay unanimidad en nuestro país a la hora de definir este fenómeno, a la hora de fijar su significado”, explica Ricardo Lucena, licenciado en Ciencias de la Educación y autor de una tesis sobre las variables que influyen en el *bullying*. “Esa ‘falta de término’ provoca que, en no pocas ocasiones, sea imposible reconocer determinados comportamientos como acoso escolar”.

Cifras

Los datos de los niños y adolescentes afectados por el *bullying* varían en función de la fuente de la que procedan y del enfoque manejado a la hora de estudiar el fenómeno. También en esto tiene que ver esa falta de conceptualización citada y que se trata de acciones frecuentemente silenciadas por víctimas, victimarios y testigos.

Sí hay un consenso más amplio a la hora de fijar en la adolescencia temprana un riesgo mayor de generar y padecer violencia. “Suele darse entre los 11 y los 14 años aproximadamente y luego empieza a descender. En segundo y tercero de ESO”, sitúa Ricardo.

A juicio de José María Avilés, orientador escolar de Secundaria, el abuso en el ámbito del colegio en España lo sufren un 1,6% de los niños y jóvenes estudiantes de manera constante y un 5,7% episódicamente.

Una encuesta del Instituto de la Juventud (INJUVE) eleva el porcentaje de víctimas de violencia física o psicológica habitual a un 3% de los alumnos. El 37% de los niños y jóvenes encuestados considera que “si no devuelve los golpes es un cobarde” y el 39% cree que “si un amigo suyo agrede a otro, debe ponerse de su parte”. Además, el 16% de los estudiantes reconoce que ha participado en exclusiones de compañeros o en agresiones psicológicas.

El Defensor del Pueblo aumenta el dato al mantener que el 5% de los alumnos reconoce que algún compañero le pega. A estas cifras se acerca Lucena, que baraja que, entre chicos, un 5,7% son agredidos con frecuencia y un 1,9% de chicas también. Si la periodicidad baja y es “a veces”, un 11% de los chicos son agredidos y un 10% de las chicas.

Los datos proporcionados por el Instituto de Evaluación y Asesoramiento Educativo (IDEA), finalmente, son los más pesimistas, ya que indican que un 49% de los estudiantes dice ser insultado o criticado en el colegio y que un 13,4% confiesa haber pegado a sus compañeros.

Causas

¿Y cuáles son las causas de este tipo de agresividad? Los factores que pueden hacer aparecer el *bullying* son incalculables. Tanto como las formas en las que se manifiesta y los perjuicios que ocasiona.

“Las variables que afectan en la generación de estas conductas suelen ser de tres tipos: personales, familiares y escolares. Esto no quiere decir que se tengan que dar todas ni tampoco que sepamos en qué medida afectan unas u otras”, adelanta Ricardo.

En el terreno de lo personal, “para ser acosador hay que verse en situación de superioridad. Bien porque los que atacan son más, y entonces se trata de una cuestión de fuerza, bien porque el acosado es un sujeto con muy poca asertividad, es decir, con muy poca capacidad de rechazo a las

agresiones. Por inmadurez, por timidez... El agresor quiere ver que la víctima lo está pasando mal. Si no, deja de agredirle”, describe.

Para el director del Centro Reina Sofía de Valencia para el Estudio de la Violencia, José Sanmartín, los rasgos individuales del joven agresivo son la baja autoestima, el maltrato infantil, la crianza autoritaria o negligente y la impulsividad.

En este sentido, un 30% de los adolescentes estudiados por el INJUVE muestra dificultades para pensar en soluciones no violentas a los conflictos. Entre un 10 y un 12% de los jóvenes españoles adolece de una conducta agresiva. De 2000 a 2003 la violencia juvenil en España de menores de 21 años creció un 8,8%.

Víctimas y victimarios, por otra parte, suelen tener mala relación con los compañeros. “En la víctima está clarísimo. Si tuviera un grupo sólido que lo respaldase no sería acosado. Suelen ser individuos un poco aislados”. En los agresores, sin embargo, el rol varía, “porque hay estudios que afirman que los violentos suelen ser líderes aunque basen su liderazgo en el miedo que provocan en los demás”.

La influencia del ambiente familiar ha sido uno de los factores más estudiados en el *bullying*. Kathleen Heide, criminóloga de la Universidad del Sur de Florida y una de los mayores expertos en homicidio juvenil de los EE.UU., identifica el origen de la violencia en chavales con la falta de un referente masculino positivo cercano: “La ausencia de un padre o la presencia de un padre violento está en el origen del comportamiento agresivo de los niños cuando son adolescentes o jóvenes”. “Cuando no existe o existe una figura paterna así es más probable que los jóvenes exageren su pretendida masculinidad con actos de machismo”.

Otros factores familiares que influyen son la organización del hogar, el reparto de roles entre los familiares, la situación socioeconómica de la familia, las tensiones matrimoniales...

En cuanto a causas escolares, “muchos autores hablan de la violencia en las estructuras de muchos colegios donde las decisiones son verticales o se trata mal a los alumnos, con poco respeto. Hay otras circunstancias

aparentemente poco influyentes pero que en realidad lo son mucho, como el tamaño del colegio: cuanto más grande es el centro escolar más riesgo de *bullying* se padece, porque hay menos control físico. En los pasillos tiene que haber profesores. En los baños, un escenario habitual de abusos, no es cuestión de poner cámaras y restar privacidad pero sí habría que controlar un poco lo que pasa. Y no importa si la escuela es pública o privada, hay que desmitificar esa falsa idea. El *bullying* puede darse en cualquier tipo de colegio”, remarca Lucena.

No es el único tópico que hay que analizar. Suele pensarse que la agresividad en las aulas es reflejo de la violencia instalada en la sociedad. Sin embargo, según Leire Iglesias, directora general del INJUVE, “los adolescentes viven más situaciones de agresión entre iguales en la escuela que en el ocio, con la excepción de las coacciones con amenazas o con armas, en las que sucede lo contrario. Las frecuentes situaciones de exclusión y humillación que se producen en la escuela pueden ser, entonces, el origen de la orientación a la violencia de los jóvenes”. Nos encontraríamos con la situación inversa, es decir, con el colegio como generador de comportamientos asociales.

Consecuencias

Las formas de intimidación y de acoso dependen de edades y sexos. Desde mofas e insultos a amenazas o extorsiones a través de teléfonos móviles y correos electrónicos. Desde chantajes como pedir dinero a obligaciones de hacer los deberes al acosador o exigencias de regalos. Los chicos están mucho más implicados que las chicas en agredir. Y un poquito más, también, en ser agredidos. Podríamos decir entonces que el *bullying* es un comportamiento activo y pasivo más masculino que femenino, aunque esta diferenciación pueda tildarse de machista.

Está demostrado que los varones suelen decantarse por los ataques físicos (golpes, palizas, armas blancas, violencia sexual) y que se pavonean de sus “hazañas” mientras que las chicas son más sibilinas, más sutiles, y se

inclinan por descalificar a sus compañeras y aislarlas, camuflando así sus acosos.

Si la tipología de las agresiones es variada, sus consecuencias no lo son menos. Sobre todo porque la violencia no sólo la sufren los acosados. También los agresores, los testigos, los profesores, el personal no docente, los padres, las madres, los hermanos, los familiares... La sociedad entera.

Los acosados pueden padecer bloqueos emocionales e intelectuales y alteraciones de conducta y sociales que les pueden llevar a finales apocalípticos como el de Jokin. Sufrimientos que no son transitorios y que pueden desafiar un desarrollo futuro normal. “El ojo morado no es el peor daño”, asegura Ricardo. “El cardenal se va. Pero los acosados pueden ver minada su personalidad el resto de su vida”.

La conciencia de culpa y la vergüenza son también reacciones habituales en la víctima de la violencia. “Aunque los chicos que se encuentran en estas situaciones necesitan que alguien les escuche, tienen tendencia a no decir nada porque sienten una vergüenza muy fuerte de lo que les está pasando, unida a una cierta culpabilidad. Piensan ‘si se meten conmigo, es que soy distinto a los demás, es que estoy haciendo algo mal, es que soy peor’. La víctima tiene tendencia a pensar que se lo merece”, continúa Ricardo.

Los acosadores, a su vez, además de enfrentarse a un problema tan serio como es barajar la violencia como medio para conseguir cualquier fin, ven incrementados el riesgo de convertirse en víctimas de su propia violencia y la probabilidad de delinquir en el futuro. “Ellos quieren contar su ‘hazaña’. Necesitan ser ‘los primeros’ en algo, destacar en algo, sin pararse a pensar en lo que se está haciendo o diciendo. Sienten un ansia de protagonismo que les hace descontrolar”.

Y por último los testigos de la violencia pueden ver inhibida su capacidad de distinguir conductas positivas y negativas, aceptables o deleznable. “Los espectadores están o sufriendo o aprendiendo unas formas de relación que son negativas”.

Soluciones

Todos buscamos soluciones a los problemas. Pero también aquí tenemos que ser prudentes y evitar que la búsqueda de soluciones se convierta en una “caza de culpables” que nos lleve a sentirnos satisfechos con la focalización de los males en un solo punto, grupo o circunstancia. Lo que en este caso, además, es imposible.

Según las últimas encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), el 96% de la población está de acuerdo con que la clave para prevenir la violencia es la educación en la igualdad y en el respeto mutuo.

Para el Ministerio de Educación, en el mismo sentido, no puede confiarse sólo en el relevo generacional para erradicar la violencia. Pero tampoco debe responsabilizarse a la comunidad escolar en exclusiva de esta lucha. Entre otras cosas porque una encuesta de la Asociación Nacional de Profesores española afirma que un impresionante 80% de los maestros confiesa que el estrés producido por su profesión le está perjudicando la salud.

Es cierto que muchos docentes no detectan el “bullying” porque desconocen sus manifestaciones, indicios, causas o consecuencias. También es verdad que a veces lo detectan pero eluden implicarse al ningunearlo o al no saber cómo afrontarlo.

Según la Confederación de Sindicatos de los Trabajadores de la Enseñanza el fenómeno del acoso escolar “ha existido siempre, en todo tipo de centros educativos, sean públicos o privados, elitistas o marginales, en grandes ciudades o en pueblos pequeños. Pero era tomado como algo normal a lo que no se le daba ninguna importancia”.

Ahora bien: también son muchos los profesores que se sienten desprotegidos y desautorizados en numerosas ocasiones porque, cuando se produce el conflicto e intervienen, la Administración educativa suele quitarles la razón y dársela a los padres, que tienden a justificar y a amparar los comportamientos de los hijos. Este cóctel *molotov* provoca que sólo cuando

la situación es muy grave el equipo docente intervenga con medidas sancionadoras como la expulsión.

Las familias, por su parte, deben estar atentas a sus hijos. Deben observar sus comportamientos, sus estados de ánimo, los cambios en sus hábitos o costumbres. Deben dialogar con los niños y tratar de comprenderlos desde su perspectiva, desde su realidad, no desde fuera. Deben apoyarlos en una socialización igualitaria y comprensiva. “Es verdad que hay veces que la comunicación padres-hijos no es tan fluida como debería y esto hace que los chavales no encuentren apoyo en sus padres a la hora de hacer frente a lo que les ocurre”, abunda Ricardo.

La Administración también debe asumir su parte alícuota de responsabilidad: “Dramas como el de Hondarribia deben suponer un salto cualitativo en el abordaje del *bullying* en nuestros centros educativos. La lucha contra el acoso escolar no puede seguir siendo sólo una labor voluntariosa de los y las docentes y de las familias. Debe ser la Administración educativa quién dirija y encabece una lucha organizada contra el *bullying* en todos los centros educativos, públicos y privados, destinando para ello los recursos que sean necesarios”, continúa la Confederación de Sindicatos. No se trata de criminalizar a unos ni de justificar a otros, en suma. Se trata de cooperar en conjunto para ir solventando lo que ya es un grave problema.

La ministra de Educación, María Jesús San Segundo, ha anunciado que está previsto desarrollar en los próximos meses programas de formación para el profesorado con el objetivo de erradicar la violencia entre los alumnos en los colegios.

El Instituto para la Juventud ha elaborado un informe en el que recoge tres medidas que los profesores pueden ir poniendo ya en marcha: intervenir desde el primer indicio de maltrato físico o psicológico; explicar a los alumnos en qué consiste la igualdad y el respeto; y hacer que todas las clases, al margen de la materia que las ocupe, se conviertan en clases participativas.

Un mes después del suicidio de Jokin toda Hondarribia se manifestaba en solidaridad con su familia y en repulsa de la violencia. “Para que no vuelva a suceder”, rezaban sus pancartas. “Todos contra el *bullying*”.

La sociedad, que todos formamos, tarda un tiempo en asimilar los fenómenos que van surgiendo. Pero esto no nos exime de nuestra responsabilidad. Todos debemos implicarnos en la prevención, detección y solución de los problemas de *bullying*. La relativa juventud de esta lacra no la alivia. Y las aulas hoy son el presente de muchos niños y el futuro de todos los ciudadanos.

Este artículo, junto con otros de interés, se puede localizar en:
www.gh.profes.net/especiales.asp